

ESPERANZA GUISÁN**FÉLIZ Y GENEROSA**

José Luis Tasset

Universidade da Coruña



Esperanza Guisán Seijas, Catedrática de Ética y Filosofía política de la Universidade de Santiago de Compostela murió el día 27 de noviembre de 2015. Fundó la Sociedad Iberoamericana de Estudios Utilitaristas y la propia revista Télos.

Este obituario fue pronunciado en el acto laico de despedida que se organizó en su memoria el 29 de noviembre de 2015. Difícilmente puede hacer justicia a lo que su herencia significa para los utilitaristas españoles, portugueses e iberoamericanos; su publicación en Télos tan sólo pretende ser un recordatorio lleno de afecto de nuestra revista, la suya, en el primer número que se publica tras la pérdida irremplazable de su figura, de su persona, de su amistad y de su magisterio.

Y sin embargo, ella hubiera querido, sin duda, que el trabajo y el esfuerzo por estudiar y difundir (y aplicar) las ideas e ideales utilitaristas hubiera continuado. Este número ordinario, corriente, usual y, sin embargo, extraordinario para todos nosotros porque ella ya no está, va dedicado a su memoria.

“Buenos y tristes días, queridos familiares de mi maestra, Esperanza, queridos amigos y amigas:

Cuando Juan Vázquez me pidió que dijera hoy unas palabras sobre la relación mía y de otros muchos compañeros y compañeras utilitaristas españoles e iberoamericanos con nuestra querida Esperanza, por una parte me sentí reconfortado por poderlo hacer y entristecido y abrumado por tener moralmente que hacerlo.

Realmente aunque le dije a Juan que leería un texto que había escrito en 2010 para el homenaje a Esperanza por su jubilación, un texto llamado “Una habitación junto al Mar”, que a ella le había encantado, después me pareció un texto demasiado triste como para hacerle justicia como persona, como maestra, como amiga.

Mientras que la daba vueltas a qué decir hoy, redacté mensajes y mensajes en inglés y en español destinados a las docenas y docenas de amigos que Esperanza tenía por todo el mundo y al pensar en cómo contarles la triste noticia de su desaparición, caí en la cuenta de que no podía mantener mi tristeza por mucho tiempo, porque todos los recuerdos que atesoraba de ella y de nuestra relación a lo largo de muchos muchos años estaban todos llenos de alegría y felicidad. Así que les pedí que la recordaran como era y como había vivido, feliz y generosa.

Desde el viernes (27/11/2015) sus queridos amigos y amigas por todo el mundo han ido enviando respuestas apenadas y llenas de afecto hacia ella, hacia su familia y hacia quienes éramos sus amigos y colaboradores, pero sin embargo todos ellos me expresaban su acuerdo fundamental con mi descripción: feliz y generosa, o generosa y feliz, da igual el orden, porque así recordaremos todos a Esperanza.

No puedo decir hoy nada triste ni siquiera excesivamente trascendente ni dramático porque los años de amistad y colaboración con ella, incluso a pesar de la obvia existencia de discrepancias, debates, discusiones, *estuvieron llenos de felicidad*, de placeres, complejos y elevados, intelectualmente muy exigentes, algunas veces, y otras veces simples, elementales, básicos, derivados directamente de la mera cordialidad que Esperanza despertaba con su permanente sonrisa entre todos quienes la conocían y querían.

Conocí a Esperanza en un Congreso en Madrid en 1987. Le había enviado mi Tesis de licenciatura en torno a las pasiones en Hume; ella me había llamado por teléfono a Sevilla, en donde tristemente transitaba por mi segundo año de Becario de FPI en una Facultad en la que se me había informado de que allí se trabajaba sobre el deber y no sobre el placer, y habíamos quedado en vernos en Madrid. No eran los actuales tiempos de Internet, así que le pregunté cómo la

reconocería y sin dudarle me dijo: “llevaré una chaqueta roja”. Y así empezó todo para mí y para quienes posteriormente se fueron incorporando a sus numerosos proyectos.

Entre esos proyectos, que cristalizaron a lo largo de los años en un conjunto amplio, rico y diverso de obras y artículos, que encontraron, como suele ocurrir, más eco fuera de nuestro país que dentro de él, y que llevaron a que incluso fuera nombrada Vicepresidenta de la Sociedad Internacional de Estudios Utilitaristas, hay dos que ella apreciaba, creo, incluso más que su propia obra, la fundación en 1991 de la Sociedad Iberoamericana de Estudios Utilitaristas, la SIEU, de la que fue primera presidenta, y la puesta en marcha del principal producto de esta sociedad en 1992, la revista *Télos*. *Ella estaba justamente orgullosa de ambos logros*. En ambas tareas, yo y algunas queridas amigas, Carmen Verde, Cristina Caruncho, Sonia Cajade, Raquel Díaz, la ayudamos y la asistimos durante años, pero el alma de ambas realidades fue siempre Esperanza.

Como mi recuerdo de aquellos años es feliz y venturoso, no puedo evitar rememorar divertido y agradecido a partes iguales, una pequeña historia cotidiana qué revela cómo era trabajar con ella, aprender con ella. Ante la enorme carga de trabajo y la gran exigencia de Esperanza, que comenzaba por ella misma, yo empecé a mis apenas veintiseis años cumplidos, a introducir como con miedo, probando a ver cuál era su reacción, un toque de humor y jovialidad en nuestra relación académica, en nuestra intensa actividad de investigación y de difusión de las ideas utilitaristas, que al principio Esperanza desaprobó sin más, con su profunda seriedad, pese a su apariencia sonriente, pero que al final tuvo, primero, que aprender a soportar y después incluso creo que a disfrutar, entre otras cosas porque no sabía muy bien qué hacer conmigo: ya era imposible devolverme a Sevilla.

El objetivo recurrente de mis maldades humorísticas era el pobre John Stuart Mill, un autor a quien no sólo admiraba sino en el que sin duda era una de las más grandes especialistas internacionales. Esperanza siempre insistía en la enorme valía intelectual de John Stuart Mill y su veneración por él llegó al extremo de colgar un enorme daguerrotipo o primitiva foto de él en su despacho, que presidía todas nuestras reuniones con su mirada solemne. Un día, tras una larguísima reunión de trabajo para preparar un número de *Télos* (se hacía de noche tras los cristales del Campus Sur y yo aún debía volver a Coruña), se aprestó a intentar convencerme con todo su arsenal milliano de que la foto de Mill no sólo revelaba su inteligencia sino

hasta su atractivo y belleza físicos. Ahí, en mi agotamiento utilitarista, decidí decir “basta” y pasar al contraataque. Con toda la destreza para la sátira humorística, y el valor, que pude reunir, procedí a realizar una exhaustiva descripción de los defectos, asimetrías y espantos varios que se apreciaban en la foto del ilustre, pero difícilmente “bello”, cofundador del utilitarismo clásico. ¿Resultado? Fui expulsado casi a patadas de su despacho, dejó de hablarme durante semanas y sólo me volvió a admitir en el *credo utilitarista* después de disculparme con ella, y con Mill, de admitir que Mill era “relativamente bien parecido” después de todo y, por supuesto, y finalmente llevar una caja de galletas de mantequilla, pagadas de mi bolsillo en justo castigo, que desde entonces acompañó todas nuestras reuniones.

Y así, entre bromas mías y tolerancia infinita por su parte, fuimos labrando nuestra amistad e incorporando a ella cada vez a más y más colegas, compañeros y compañeras, socios y socias, hasta formar una red de afectos y logros verdaderamente extraña, a mi juicio, en el mundo académico. Y siempre en torno a ella, a su magisterio y referencia personal; como dice Estrella Trincado, *en torno a su sonrisa*.

Desde esa amistad y colaboración de casi treinta años, que para mí ni siquiera el viernes pasado se detuvo, fui asistiendo, además, con admiración a la construcción y desarrollo por Esperanza de una obra, amplia y diversa, que sin duda constituye una aportación compleja y fundamental al utilitarismo clásico y contemporáneo.

Como pueden apreciar, no puedo recordar a Esperanza con tristeza, es más, no quiero hacerlo.

La imagen que tengo de ella, incluso en la desgracia, cuando la vi el viernes por última vez y le cogí la mano, fue sonriente, incluso a pesar del dolor, como podía esperarse de alguien que disfrutaba sintiéndose apacible al atardecer bajo las sombras del jardín de Epicuro.

“Vana es la filosofía que no remedia ningún mal humano”, dijo el maestro griego. Querida Esperanza, ni tu vida ni tu filosofía han sido en vano. Como dijo al final tu querido Mill, podemos decir de ti que también “has cumplido tu tarea”.

Por eso os pido, con todo el afecto que puedo expresar por su familia y por mi maestra, mi amiga, Esperanza Guisán, que la recordemos como era, *feliz y generosa*.

José Luis Tasset
Universidade da Coruña
e-mail: <jose.tasset@udc.es>